

JORGE ADOLFO MITRE

PRELUDIOS



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA NACIÓN»

1901

Prólogo, ó cosa así....

La escena, en París, año de 1890, en un elegante hotel particular de lós Campos Elíseos. Comedor severa y suntuosamente decorado. Muebles de vieja encina tallada, estilo Enrique III; en las paredes, tapices de colores desmayados. Se almuerza.

Sentados á la mesa, en el testero, un hombre de cabeza nazarena, anciano robusto de ojos claros, inescrutables, que ostenta en la frente una cicatriz en forma de estrella. A la derecha, otro hombre de edad provector. Cabellos obscuros, facciones enérgicas, angulosas, fuerte nariz, piel morena y cetrina. Una cabeza de hidalgo bilioso, cuyos ojos renegridos indican un temperamento taciturno y una voluntad inquebrantable. A la izquierda, un niño de cinco años, de facciones delicadas; pero en las que ya despunta la nariz. (No es esto extraño si se tiene en cuenta que los dos hombres con quienes está almorzando son sus abuelos, y que éstos no pecan de chatos, al contrario.)

Entra en escena un cuarto personaje, que no se describe porque no viene al caso y que resulta ser el que esto va narrando.

El dueño de casa, mi respetable amigo don Angel María Méndez, me recibe con un cordial reproche porque llego tarde— ¡Siempre dormilón, amigo!—y luego, dirigiéndose al pequeño nieto, que no sé porque tenía curiosidad de conocerme :

—Jorge, saluda al señor, es el secretario del general....

— *C'est lui?* dijo con vivacidad el pequeño, que no hablaba más que francés, y tirándose de la silla al suelo se me acercó corriendo, me miró de arriba abajo, y condensando su impresión, exclamó : *Il est drôle!*

Tanta gracia me hizo este juicio, que tomé al niño en brazos, y lo más *drôle* fué, que el travieso pequeño, á medida que yo lo alzaba, me recorrió con los pies desde la cintura hasta la cara, colocando triunfalmente uno de sus pequeños zapatos sobre mi nariz.

Reí de buena gana, los abuelos regañaron al chico por su desplante ; pero aquél, alentado por mí, fué en el curso del almuerzo haciendo gracia tras gracia, hasta que el abuelo de los ojos renegridos, después de repetir la advertencia de que se le iba á hacer retirar del comedor, hizo efectiva la orden. Vino un *valet* y con mucha gravedad y diligencia tomó al pequeño en brazos y se lo llevó, no sin que éste protestara agitándose y chillando como un diablillo.

Apenas había salido el tieso servidor con el chico, se oyó un choque seguido de un ruido espantoso de vidrios rotos.... Era que el niño le había dado al pasar una patadita á un enorme cristal del vestibulo, haciéndolo pedazos.

¡ Me llevé instintivamente la mano á la nariz! Pensé en seguida que el chico debía haberse lastimado, mas cuando corría á ver lo sucedido, el grave *valet* volvía diciendo: *Ce n'est rien! L'enfant n'est pas blessé!*

Siguió el almuerzo, y cuando habíamos olvidado ya el pequeño incidente, volvió á entrar al comedor el niño, *l'enfant terrible* de momentos antes, y con una carita profundamente compungida se echó sobre las rodillas del abuelo severo mientras el otro abuelo lo miraba atentamente con sus ojos claros, inescrutables.

Que se le perdonó en el acto, no hay para que decirlo. Verdad es que tras de él estaba la madre, la madre que vacilaba entre mirarlo con severidad y darle un beso al verlo tan arrepentido

Así fué como conocí á Jorge Adolfo Mitre.

Aquellas niñerías, aquel espíritu abierto; jovial; aquel enojo brusco como un pistoletazo; aquel arrepentimiento tan tierno, exento de todo rencor, me dieron que pensar, tratandø de vislumbrar en el niño al hombre destinado á llenar el vacío tan prematuramente dejado por su padre, Adolfo, y por su tío Jorge Mitre, cuyos nombres lleva unidos.

Diez años después.

La escena pasa en una imprenta de Buenos Aires.

Personajes: un jovencito elegante, tipo de *sportsman* incipiente; ojos de mirada resuelta, ninguna afectación en las maneras. Buenas facciones, pero la nariz algo atre-

vida. Por este rasgo habrán ustedes adivinado que este caballero es el niño de la primera parte.

El otro personaje, como soy yo, no lo describiré porque no hace al caso, además de que en los diez años transcurridos si Jorge Adolfo se ha hecho casi un hombre yo me he vuelto casi un viejo. . . .

Pues entró mi hombre y así, sin preámbulos, como quien habla de otro y escudándose en . . . caprichos de la familia, sacó del bolsillo del saco un rollo de papeles, y con la misma frescura con que me pusiera antes el pie en la nariz, me dijo: Aquí le traigo estos versos para que me les ponga un prólogo ó cosa así, si le parece. . . .

Yo me quedé algo cohibido. ¡Versos! este chico ha hecho todos estos versos! (Declaro que les tengo un terror pánico á los versos. . . malos.)

—¡Bueno, le dije, los leeré! y mientras yo, indeciso, hacía ademán de abrir el rollo, aquel poeta inesperado, con la conciencia tranquilísima y siempre como si se tratara de otro, me dijo ¡Adios! hasta luego! y se marchó sin empeñarse, como lo hubiera hecho cualquier poeta... grande, en hacerme tragar sus versos *ipso facto*.

—¿Qué habrá hecho este chico? ¿Habrá tratado á la métrica como á los vidrios? ¿Le habrá puesto el pie en las narices al mismo Apolo?... .

No me tengo sino por juez de conciencia en materia de versos; pero, con todo, no llega mi modestia hasta creer que no pueda apreciar los ensayos de un . . . poeta de quince años.

Empecé á leer el manuscrito, y, vamos, casi desde la primera estrofa, me sentí tranquilizado. Yo sabía que

Jorge Adolfo es inteligente y que su preparación no es escasa; pero ¡hay hombres de tanto talento y tan ilustrados que hacen versos detestables!

¡Nada, que el chico tiene oído y tiene estro! Claro que sus estrofas aun no pasan de *preludios*, y que el influjo de la manera paterna, el modelo con amor filial consultado, se nota desde el primer verso; pero es muy legítimo suponer que quien para ensayar las alas da ya volidos tan rítmicos y gallardos, ha de saber más tarde cernirse en las alturas.

Y ahora al recorrer estos versos ora joviales, ora enérgicos, ora melancólicos, no he podido menos que recordar el pic irreverente, los cristales rotos y el arrepentimiento lacrimoso de la primera escena.

El *enfant terrible* de entonces se ha convertido en un jovencito muy simpático, en un estudiante á quien no perjudican mayormente sus aficiones de *sportsman*. Sospecho que todavía ha de hacer trizas algún cristal; pero tengo la seguridad de que el fondo de su carácter vivo lo formará la bondad, aquella bondad que se veía en los ojos llorosos, pero sin rencor, del niño.

El que me haya traído sus primeros versos para que les ponga un prólogo ó cosa así, me lo evidencia. La simpatía que unió hace diez años su espíritu infantil con mi alma de hombre se ha ido fortaleciendo cada vez más, y ahora, cuando converso con Jorge Adolfo, gracias á lo precoz del joven y á mi inagotable poder de imaginación para detener el curso de los años, pareceme que hablo con el padre, con el gentil Adolfo Mitre á quien sólo he conocido mentalmente.

Que esta ilusión tenga el valor de una realidad para los suyos y sea una verdad para las letras argentinas, son mis votos más sinceros.

Y ahora, Jorge Adolfo, venga un abrazo, con el que te felicito cordialmente más que por tus versos, porque viéndose apuntar en tí las dotes del talento y el carácter de los hombres superiores, no eres, sin embargo, un niño prodigio.

JULIO PIQUET.

Buenos Aires, Enero 17 de 1901.

PRELUDIOS

Á LOS JÓVENES

De un alma juvenil de quince abriles
No brotará jamás verso admirable,
Ni de cerebros jóvenes y ardientes
Nunca surgió la inspiración durable.

Mas siempre en sus escritos hay el sello
De franca ingenuidad y de candor,
Ya entonen en sus versos, elegías
O los más leños cánticos de amor.

Acaso, faltará en sus estrofas
El atildado golpe del buril,
Mas, ¿no brilla más clara la belleza
En el candor del alma juvenil?

Cuando tañe la lira que modula
Gemidos en que vierte sus enojos,
Está su corazón siempre oprimido
Y se empañan con lágrimas sus ojos.

Cuando es la lira del amor su lira
Sin artificio canta y sin requiebro
Deja á la pluma en su correr sin freno.
¡ Cuando habla el corazón, calla el cerebro!

El joven es poeta por instinto,
Es siempre soñador, es siempre lírico
Y si en *vate llorón* no se convierte
Tiene la gracia innata del satírico.

Tal vez á un individuo pesimista
La estrofa que precede causa risa,
O en los labios de un clásico profundo
Se dibuje una escéptica sonrisa.

¡ Por Dios! No los temáis, queridos jóvenes,
Y á la empresa lanzaos, animados ;
Y escribid sin temor á necias burlas
—Que triunfos imprevistos son sonados.—

Jóvenes cuya stirpe es de poetas,
Sostened vuestras nobles tradiciones,
Y que el fruto de vuestra inteligencia
Sea aureola en redor de sus blasones.

Vosotros que vivís desconocidos,
Que cantáis vuestros cantos en silencio,
Que versos componéis, ultra-profundos,
O que usáis el estilo de Terencio,

Salid también de esa letal rutina
Para haceros oír, gritad muy fuerte,
Que si ponéis talento en las estrofas
De lo demás se encargará la suerte.

Los que de inteligentes tenéis fama
Procurad que ella tenga sus cimientos
En el blanco papel sellando ideas,
Y en el simpático álbum, pensamientos.

¡Aletargada juventud, despierta
De tu letal é incomprensible sueño !
Que el que escribe rinde óbolo á su patria
Y se gana el laurel en un ensueño.

SAUDADES

(A MI MADRE)

En una estrofa magistral, sublime,
Y con el corazón de gozo henchido,
Dejando la amargura del que gime
En alas del dolor enternecido;

Con inspirada voz cantar quisiera
De tí, ¡mamá! la grata bienvenida
Y felices «saudades» te ofreciera
Congratulándome con tu venida.

Pero sólo llorar mi lira sabe,
Anhelando lejanas esperanzas;
Y empresa rara acometer me cabe,
Mis lágrimas trocando en alabanzas.

Al saludarte, pues, en este día
En afecto filial arrebatado,
Una feliz, gratisima estadía
Sólo puedè desearte tu hijo amado.

IDEAS Y ESTROFAS

Flores sin vida pronto marchitas,
Nubes que pasan, nubes que vuelan,
Olas que vienen y olas que van,
Luces fugaces y pasajeras,
Cuánto es efímero en este mundo
 Son mis ideas.

Débiles luces pronto apagadas,
Flores marchitas y sin aromas,
Olas trocadas en pura espuma,
Diáfanas nubes que se evaporan,
Cuánto es quimérico en este mundo
 Son mis estrofas.

IDIARIOS

¡ Oh! cuánto es grato de placer henchido
Con nuestra amada hablar enamorado,
Y en ansias de placer, desenfrenado,
En su rostro posar el labio ardiente
Y luego, arrebatado en su delirio,
Con un amor que su pasión delata,
Imprimir en sus labios de escarlata
Esos ideales que forjó su mente.

Y después, cuando pasa ese momento,
Ese momento de pasión insana,
Meditan sobre el día de mañana
Y los placeres del de ayer recuerdan,
Arrepentidos piensan los amantes
Que los placeres cual las aves vuelan,
Pero pronto de nuevo se consuelan
Abrazándose amantes otra vez.

LENGUAJE MUDO

Con un amor purísimo, secreto,
En misterioso lazo nos amamos,
Mas, de nuestra pasión jamás hablamos,
Pues solas nuestras almas se entendían,
Y en su lenguaje mudo, incomprensible,
Al encontrar mis ojos tu mirada,
Hablaban amor á tu alma enamorada,
Y en su pasión así se comprendían.

Han pasado después dos y tres años
Y aun permanece nuestro amor primero;
Y pregunto ¿será muy duradero
Ese primer amor que nos tuvimos;
Y cuanto más crecidos nos hallemos
Frente á frente en las luchas de la vida,
También me mirarás, niña querida,
Como la vez primera que nos vimos?

DÉCIMA

Soy la armonía que encanta,
Que en lo mejor siempre brilla,
Yo soy ó el ser que la humilla
O la luz que la agiganta;
Y es mi fortaleza tanta
Que domino su dureza
Si llega de ella á ser presa,
Pues soy su encanto y dulzura,
Soy su gracia y su hermosura;
Mas . . . ¿quién soy? ¡Soy la belleza!

Á TÍ

Si quisieran las musas inspirarme,
¡Qué cuarteto tan bello te escribiera!
Pondría para hacerlo mi alma entera
Para después en él regocijarme.

Si tú no me amas ya, te preguntara
En ese mi cuarteto perfectísimo,
Y en un rasgo poético y bellissimo
Mi desdichado amor te declarara.

Maş, no quieren las musas inspirarme
Y se embota mi numen de poeta;
En fin, espero un día que esté en veta
Y entretanto no dejes tú de amarme.

Y si no fuera así, tendré paciencia
Y será la esperanza mi consuelo
Y mientras fueres mi soñado anhelo
¡Continúa burlándome en mi ausencia!

EN UN BAILE

Aureos los cabellos, risueño el semblante,
Dos ojos muy negros, en él enclavados;
Vistosa silueta de bello talante
Y labios preciosos jamás igualados.

Con gracia y donaire su ser paseaba
Del ancho salón caminando en redor,
Los giros siguiendo del vals que tocaba
Un pianista eximio con mucho primor.

:

Veloces parejas
La sala cruzaban,
Y al son de la música
Alegres bailaban.

Pero triste mi alma tan sólo admiraba
A la bella rubia de los negros ojos,
Y acercarme á ellos y hablarla pensaba;
Mas, mucho temía incitar sus enojos.

Por fin, animado, resuelto y valiente
Hacia ella me acerco, que sentada está,
Y pídele el brazo, el cual ella sonriente
Cediendo al pedido risueña me da.

Y nuestras dos almas en dulce *düeto*,
Muchas cosas dícense que aquí no repito
Porque se convino que fuera secreto
Y porque además . . . no os importan un pito.

Mas sólo una cosa preguntole á ella,
Hoy que cuatro años del baile han pasado,
Y es: si no ha trocado su amor en querella
Y si sus palabras las ha ya olvidado . . .

BRISAS

Esas flores que veis en primavera
Al suave soplo de la tibia brisa
Respirando alegría,
Fueron también en época postrera,
Cuando el invierno crudo se entroniza
Faltas de lozanía.

Mi espíritu también si está privado
De aquel hálito suave que respiras,
Entristecido vive ;
Mas, si luego retorno yo á tu lado,
Y si vida con tu hálito me inspiras,
Mi espíritu revive.

CRÍTICANDO

(SONETO) .

Después de leer tus versos, caro amigo,
Asombrado quedé y semi-extático,
Pues sin querer pecar de diplomático,
Con franqueza de crítico te digo :

Que si tú aprecias la amistad conmigo,
Redactes en estilo algo más ático,
Olvidando ese tono tan apático
Que tu composición lleva consigo.

No trueques tu soneto en elegía
Y á la luna tampoco llores tanto,
Que caminas así por mala vía,

Pues te expones también á que tu canto
De elegía se cambie en herejía,
Y á la risa provoque más que al llanto.

MIS ESTROFAS

(SONETO)

Mis estrofas son lágrimas caídas
En las hojas de este álbum por acaso;
Pobres, deshilvanadas y sin lazo,
En ocios á mi mente sugeridas.

Sin pretensión ninguna reunidas,
Mal pudiera temer yo su fracaso,
Si sucediera, sin embargo, el caso
De á la crítica verlas sometidas.

Mas, si alguno de crítico hace alarde
Y con mis pobres versos la arremete
Ansiando corregir lo incorregible,

Que para otra ocasión su ciencia guard
Le diré al-que de crítico se mete
Lanzándose á una empresa tan risible.

PREGUNTA FINAL

(A ELLA)

¿ Por qué con raro brillo me miran esos ojos
Que fueran antes todo dulzura para mí ?
¿ Por qué tu amor tranquilo conviertes en enojos ?
¿ Por qué huyes mi presencia? No me amas, ángel?... di!

·
Será que te disgustan mis pobres consonantes,
Palabras inocentes ideadas al acaso;
Si fuera así, no escribo ya más dos asonantes
Y rompo con las musas todø futuro lazo.

·

